

Charles Maurras, un restaurador de valores humanos

En un libro de singular fineza crítica, Maurice Clavière nos presenta la figura de Carlos Maurras como un máximo restaurador de los valores humanos. No es únicamente la flor de lis el símbolo de la obra de Maurras. Para nosotros, republicanos de América, el director de "La Acción francesa" no es sólo el dialéctico sutil y deslumbrante de la "Encuesta sobre la monarquía" sino un pensador de alta estirpe, un estratega del espíritu que señorea en lo universal. Tal el aspecto sobre el cual quisiéramos llamar la atención de nuestros lectores en esta breve nota.

No es necesario hacer aquí un discurso para probar la existencia del mundo de los valores. Toda actividad de nuestra vida está gobernada en una forma consciente o inconsciente por una filosofía de los valores.

Para Maurras valores humanos son los que no cambian, los inmutables en el hombre. El fondo de la naturaleza humana es perenne. La decoración puede cambiar, nuestra potencia sobre los seres y las cosas puede acrecentarse con los progresos de la técnica, pero no hemos encontrado el secreto para mudar la naturaleza humana. He aquí una primera verdad antigua y nueva, desconocida por todos los revolucionarios, que confunden la quimera con el ideal. El siglo XIX y lo que llevamos del presente han proclamado el dogma de la ciencia *siempre bienhechora*. El hombre ya no necesita de influencias morales y religiosas, le basta la conquista audaz del pensamiento científico. Así lo proclaman algunos profetas improvisados e ingenuos. No se han dado cuenta de que en una sociedad sin normas éticas, sin contenido religioso, la ciencia pura puede ser el más implacable instrumento para

intensificar el dolor y la muerte. La Europa que hoy contemplamos es un vívido ejemplo.

Maurras ha llegado a restaurar estas verdades siguiendo la senda alucinante de las revelaciones estéticas. La vida, como la poesía, escribe su reciente comentador, es jerarquía, ritmo, medida. Por medio de la poesía nos elevamos hasta las verdades necesarias. Es la sed de perfección en el arte la que ha hecho de Maurras un pensador ávido de orden en la ciudad.

Poesía y política son términos distantes para el común de las gentes. En la obra maurrassiana se funden en un todo armonioso. Las leyes de la belleza nos hacen pensar en las leyes de la vida, en el orden estético, en el orden político, ha escrito el estilista de "Le Chemin de Paradis". Este criterio de armonías trascendentales los extrajo Maurras de sus reflexiones sobre la cultura helénica, fue la lección que recibió de la diosa protectora de Atenas, la de los ojos glaucos y la túnica de jacinto. El animal político de Aristóteles resulta un artífice dentro de esta concepción. No hay obras estéticas perdurables dentro de la anarquía y el desorden. Podrán tener momentáneas fulguraciones, pero el signo de la decrepitud las acompaña. La belleza es el esplendor del orden, escribió San Agustín. Podríamos agregar que el esplendor del orden en la ciudad es la obra política más alta. Su fruto espléndido lo llamamos civilización. Por eso un pensamiento que se deleita en la anarquía, en la destrucción es un pensamiento inferior y bárbaro.

De estas proposiciones, resulta que no es posible la restauración de las repúblicas sin doctrinas claras, reales y lógicas, es decir, sin un orden en la inteligencia. "Los grandes errores del espíritu originan los desvaríos de la acción". Puede decirse que la obra de Maurras no es otra cosa que una vasta empresa de reforma intelectual. Ciertos valores humanos han sido desplazados o destruidos por ideólogos funestos, los Príncipes de las Nubes como acertadamente los nombra. Restaurar esos valores es una empresa de civilización, a la que se ha dedicado la pluma sin fatigas del autor de Anthinéa.

Uno de los mayores desequilibrios de la personalidad humana, ha sido causado por el Romanticismo. Para Maurras el

“Romanticismo nace en el punto donde la sensibilidad usurpa una función que le es extraña y no contenta con alimentar ciertos calores de la vida que son necesarios, trata de imponer su dirección”. Este es uno de los aspectos en que el pensamiento maurrassiano alcanza una jurisdicción universal. Porque si la enfermedad romántica se ha liquidado en el arte y la literatura, en política hace a veces estragos en estas tierras de América. Entre nosotros el término *romanticismo* tiene los más extraños significados. Romántico para algunos, es algo que se confunde con el ideal, el desinterés, el espíritu de sacrificio por cuestiones espirituales. Las mujeres aplican el término al sentir amoroso, pero dándole un contenido poético en que el amor no aparece como una pasión humana creadora y potente, sino como un sentimiento desencarnado, vaporoso y exangüe. Nada más inexacto. El romanticismo es “una deformación, una enfermedad del lirismo que tiende al predominio excesivo del vocablo sobre el pensamiento y del impulso sobre la Razón”. Esta definición precisa, de uno de los espíritus más lúcidos del occidente, podría servir para explicar largos captítulos de la política colombiana. El romántico mantiene la inteligencia en una condición subalterna. Vive en perpetua insurrección contra las leyes del intelecto. La Pasión es su guía, su norma y su destino. “Partidario de todas las libertades, desemboca en todas las licencias”.

Restaurar a la clara razón en sus dominios propios usurpados por el mal romántico, es uno de los mensajes cálidos que se desprenden de la obra de Maurras.

La gran revolución del siglo XVIII quiso aniquilar ciertas instituciones propicias al florecimiento de altos valores humanos. La familia, los cuadros de la vida profesional y local, fueron rotos y se mutiló la persona humana convirtiéndola en simple individualidad. Esta distinción de *individuo* y *persona* no es una simple disputa de escuela. El individuo no es más que una unidad física en la masa. La persona está dotada de una alma que asciende en perfecciones. El individuo que se añade a la masa es igual a otros individuos, tiene un valor cuantitativo. La persona encierra trascendentales valores cualitativos.

Defender esa célula social que es la familia, reconstruir los cuadros profesionales de donde fue arrancado el hombre por la tempestad revolucionaria, afirmar los privilegios de la persona humana, es la obra de un restaurador de valores sin los cuales no es posible la civilización.

Altas personalidades mal informadas, o lectores apresurados y superficiales han atribuido a Maurras doctrinas esencialmente liberticidas. Nada más contrario al verdadero sentido de su obra. Maurras ha combatido la Libertad (con L mayúscula) en abstracto porque ella es una entidad irreal. En el dominio de las acciones humanas, sólo existen libertades concretas y ellas “son necesarias”. El poder político debe ser fuerte para defender y otorgar esas libertades. Un Estado débil es víctima de las facciones, y la libertad de los pacíficos sucumbe ante la audacia de los violentos.

El “Porvenir de la Inteligencia” es un libro profético sobre la suerte del espíritu frente al dominio de las potencias financieras. El mayor peligro para la Razón humana no está en la fureza material, sino en esas corrientes visibles e invisibles que convierten a la más bella inteligencia en una *An-cilla plutocraciae*.

Nuestro propósito ha sido el de escribir una simple nota informativa y no un análisis crítico del libro de Maurice Clavière, sobre un famoso escritor de nuestro tiempo, afortunado mortal a quien “Pallas, la de los ojos límpidos, le enseñó sobre las riberas helénicas la primacía de la inteligencia clara y las musas le confiaron el secreto de toda armonía que es jerarquía”.

ELISEO ARANGO

Catedrático de Economía Política
en este Colegio Mayor.